

ESQUELETO DEL SERMON  
DE  
**SAN FÉLIX, MÁRTIR.**

*Qui perdidit animam suam propter me, inveniet eam. (Matth. x, 39).*

El que perdiere su alma por mí, la hallará.

1. En el martirio de san Félix la Iglesia vió un admirable compendio de sus triunfos en la persecucion de... Vió confesada varonilmente la... Vió que... Vió cuán... Designios de Dios sobre el martirio de Félix... Adauto... Idea de este discurso...

*Reflexion única: Con el dulce atractivo de sus virtudes san Félix es un excelente modelo para aspirar eficazmente á la verdadera felicidad.*

2. Si hubiese de ponderar las ventajas de la felicidad humana, bien presto hallaria... No hablo yo de esta felicidad, sino de la que ha de durar eternamente...

3. Dos suertes de felicidades, ambas verdaderas... La una consiste en la vida eterna, la otra en la temporal pero espiritual... Inútil seria decir que para lograr la primera... Yo os propongo á Félix para lograr la segunda...

4. No dejará de parecer extraño, segun la filosofía del mundo, que yo os proponga... Palabras de san Cipriano... Al proponeros la vida y martirio de Félix como ejemplo de..., quiero que comprendais que los rigores de la cruz hacen al hombre feliz...

5. Rápida idea de la persecucion de Diocleciano... Félix no desmaya por esto... Decia con el Apóstol: *Omnia possum in*, etc. Magnanimidad de nuestro Santo... Estóicos... Máximas que Félix tenia grabadas en su corazón: *Qui perdidit*, etc.—*Scio cui credidi*, etc.

6. Otra máxima que tenia impresa en su mente: *Nolite timere eos qui occidunt*, etc. Sin el espíritu de estas máximas, ¿cómo hubiera Félix tenido valor para...?

7. Con solo escupir, Félix derriba una tras otra las estatuas de los dioses Serapis, Mercurio y Diana... Murallas de Jericó... Be-

cerro de oro... Goliat... ¡Qué dicha fuera la nuestra si á imitación de Félix... Ídolos del corazón... El amor de Dios fue el que elevó á nuestro Mártir á... Palabras de san Gregorio... Si bien lo consideramos Félix sobrepujó á Moisés en el acto de... *Dominus*, decia, *protector vite meæ, quem*, etc. Habla valerosamente al prefecto... ¡Cuán admirados hubieran quedado aquellos cristianos que...!

8. Félix es enaspado en el ecúleo... Los que no saben gustar las cosas espirituales dirian... ¡Qué injusticia, dice san Gregorio... En su tortura goza Félix de una paz interior... *Pax multa*, etc.—*Pax Dei quæ exuperat*, etc. Esta paz brillaba en su frente al ir á la muerte... Árbol consagrado á los dioses derribado... *Cecidit, cecidit Babylon*, etc. Adauto se junta á Félix para sufrir con él el martirio...

9. Llega ya Félix á... Es decapitado... Su reliquia en Villafraanca... Los Narcisos, las Eulalias, etc., serán con él en Cataluña... Los cuerpos de dichos Santos serán el sonrojo de...

10. Al traer á la memoria la muerte de nuestro Santo, no puedo menos de representarme... Los Ángeles, los bienaventurados le salen al encuentro diciéndole: *Intra in gaudium*, etc. Vuestro corazón arde, sin duda, en vivos deseos de imitarle para... *Beati qui esuriunt et*, etc. Este deseo os hará disfrutar las dulzuras de la paz, que... Este deseo hará que... *Non sunt condignæ passionis hujus temporis ad*, etc.—Palabras del Crisóstomo... *Nisi quis renuntiaverit*, dice el Salvador, *omnibus*, etc. ¡Felices vosotros si... Goces, dulzuras del cielo, felicidad eterna...



## SERMON

DE

## SAN FÉLIX, MÁRTIR.

*Qui perdidit animam suam propter me, inveniet eam. (Math. x, 39).*

El que perdiere su alma por mí, la hallará.

1. Con razon, amados villafranqueses, teneis á este dia por uno de los mas felices que os han amanecido. Justo es que expla-yeis con solemnísimos aplausos el espíritu de religion que llena vuestro pecho. Justo es que manifesteis con lucidos esmeros de fervorosa devocion el gozo y júbilo que manifiesta con vosotros la Iglesia católica. Esta esposa amada del Redentor vió en el dia de hoy en el martirio de vuestro glorioso Protector un admirable compendio de sus mayores triunfos en una persecucion que, siendo la última de las mas señaladas que movió contra ella el gentilismo, era un complejo de todas las precedentes; y en el mismo dia se os preparaba á vosotros una sagrada dádiva que habia de ser el objeto de vuestra alegría, el consuelo de vuestra esperanza, y el colmo de vuestra dicha. Sí, católicos: vió en este dia la Iglesia en el martirio de Félix un admirable compendio de sus mayores triunfos. Vió confesada varonilmente en los tribunales la religion cristiana á despecho de unos emperadores que habian tomado á pechos el exterminio del Cristianismo. Vió como la saliva de un sacerdote de Jesucristo aterraba y abatía las deidades fingidas. Vió que las catastas y los ecúleos, no solo no eran capaces de desquiciar á los fieles de la pureza de su fe, sino que antes eran medios de que se valia Dios para dejar burlados los impíos esfuerzos de los tiranos. Vió cuán grabada quedaba en el corazon de los fieles la importante verdad que nos enseña Jesucristo en el Evangelio que acabais de oír, diciéndonos que el perder la vida por él es medio infalible para hallarla. Vió como la constancia de sus Mártires era dulce iman que atraía á los fieles, infundiéndoles espíritu para la corona del mar-

tirio. Vió como al cortar la cabeza á un Mártir, la amarillez de la muerte se dejaba ver en el rostro del verdugo, y la alegría de los bienaventurados rebosaba en el suyo. Vió, finalmente, como las estatuas de los ídolos, que al aliento de Félix habian caído hechas pedazos al suelo, quedaban aterradas y abatidas para siempre; y que frustrados los impíos designios de Diocleciano, se preparaba la docilidad de los pueblos para el establecimiento de la verdadera religion de polo á polo. Y á vosotros, amados villafranqueses, ¿qué dicha os cupo en este dia? ¿qué don os preparaba en él la divina largueza? ¡Ah! ¡con qué dulzura de espíritu debéis renovar en vuestro corazon todos los sentimientos de reconocida gratitud! El Dios de la majestad, que desde su elevado trono no solo descubre cuanto en la tierra se hace, sino que preve desde la eternidad cuanto se despliega en la revolucion de los siglos, se complacia entonces en el martirio de Félix, con el designio de que el buen olor de la sagrada víctima que viérais atrajese vuestros ánimos con suave fuerza. Probaba entonces el Señor á su elegido como el oro en el crisol, para que enamorados vosotros de su brillante pureza siguléseis con él el camino de la virtud, y siendo sus Adautos hasta el triunfo, fuéseis tambien con él eternamente felices. Á la verdad, hermanos míos, la admirable prontitud con que Adauto, al ver la constancia de Félix, resolvió seguir sus huellas y ser su compañero en el martirio, nos da á entender que el dulce atractivo de las virtudes de vuestro glorioso Protector lleva á los fieles con singular eficacia á la felicidad verdadera. Esto, pues, me obliga á proponérosle hoy como modelo y ejemplo para aspirar eficazmente á la verdadera felicidad. Ved aquí el objeto de mi sermón. Pidamos la asistencia al Espíritu Santo por intercesion de su divina Esposa colmada en su primer instante de esplendores de gracia: *Ave Maria.*

*Reflexion única: Con el dulce atractivo de sus virtudes san Félix es un excelente modelo para aspirar eficazmente á la verdadera felicidad.*

2. Si en lugar de proponer un brillante modelo para aspirar eficazmente á la verdadera felicidad, hubiese yo de establecer aquí las ventajas de la felicidad humana y el esplendor de la gloria del mundo, bien pronto hallaria, ó villa ilustre, en tus mismos anales abundante materia para ello. Yo te alabaria con gusto por haber sido uno de los mas lucidos esmeros de la munificencia de los cartagineses, y la primera colonia establecida por ellos en España. Pasa-



ria luego á describir lo que fuiste en aquellos memorables tiempos en que te daban el majestuoso renombre de Cartago antigua. Yo te acordaria que fue por tí enriquecida la gran Cartago africana, y que por largo tiempo fuiste el emporio del tráfico y comercio cartaginés para la extraccion y transporte de oro, plata y otros minerales que ofrecia á los extranjeros la fecundidad subterránea de nuestra provincia. Describiria cuán respetable fue á las naciones tu sobresaliente grandeza todo el tiempo que corrió desde el establecimiento de la destruccion de Cartago antigua. Uniria, finalmente, estas recomendables circunstancias con la reedificacion del poblado llamado antes Cartago antigua, y ponderaria la grandeza y realce que de todo ello te resulta. Pero aunque estas cosas hacen tu origen tanto mas ilustre, cuanto mas escondido éntre las nubes de la antigüedad; con todo, el haber de mirar tan hácia atrás para alcanzar á verlas, y el no poder hacerse presentes sino únicamente en la consideracion, es una prueba la mas convincente de que la felicidad y gloria del mundo nada tiene de sólido, nada de durable, nada de firme, y que no es mas que una figura, y una figura que se desvanece. En el dia de hoy, hermanos míos, yo me elevo sobre toda la esfera de las felicidades humanas. Yo no pienso sino en la que tiene su última consumacion en el cielo. No cuido de aquella que se desvanece enteramente con la nube de nuestra mortalidad, sino de la que en su mayor perfeccion ha de durar eternamente. No hablo de la que se adquiere por la imitacion de los Amílcares, ó de los Escipiones, sino por la imitacion de los imitadores de Jesucristo; no por provincias conquistadas, sino por domadas pasiones; no por establecimientos de colonias, sino por ejercicios de cristianas virtudes.

3. Para formar una cabal idea de la felicidad á que deben aspirar los que quisieren llegar al colmo de sus deseos con la imitacion de nuestro Santo, es menester distinguir dos suertes de felicidades. La una consiste en ver claramente á Dios, y en la plenitud de contento que de ello resulta; la otra consiste en una plenitud de deseo de adelantarse en la perfeccion y en la justicia: la una ve y posee al Sumo bien; la otra le cree y le espera: la una está gozando de Dios con entera paz é indecible dulzura; la otra va solícita y animosa en busca de él, siguiendo á la luz de la fe el camino de la verdad: la una es una incomprensible gloria que tiene Dios preparada en el cielo para los que le aman, y esta es la vida eterna; la otra es una gracia particular que les hace sobre la tierra, y esta es la vida espiritual del hombre. Vida ya cási bienaventurada, porque, como

Dios es un ser infinito, basta él solo para llenar toda la capacidad y extension de nuestros corazones; y como el Ser infinito contiene simplicísimamente en sí mismo toda infinidad, y comprende de un modo divinísimo cuanto hay de bueno y hermoso en todo lo criado, por esto encuentra en él el hombre espiritual no solo al Sumo bien, sino tambien una suma de todos los bienes. No vengo, hermanos míos, á demostraros que el arreglo al brillante modelo de las virtudes de nuestro ínclito Mártir es medio muy conducente para conseguir la felicidad perfecta y consumada que tiene Dios preparada á los justos allá en el cielo. ¿Para qué vendria yo á decirlos aquello mismo de que estais altamente persuadidos? Lo que pretendo grabar en vuestro corazon es, que arreglándoos al ejemplo de Félix hallaréis aquella felicidad que concede Dios á los justos sobre la tierra en trueque de aquello que sufren por su amor; gozaréis aquella paz interior que infunde secretamente á los que se ocupan en buscarle, y gustaréis aquella abundancia de dulzuras que aun acá en la tierra les suministra, ó como dijo san Juan <sup>1</sup>, aquel maná escondido que ninguno sabe sino quien le recibe.

4. Ya me hago cargo que esto causará alguna dificultad á primera vista. Un hombre, dirán, que en la persecucion del emperador Diocleciano se hallaba en continuo peligro de la mas terrible y espantosa muerte; uno que por la religion que profesaba, y por el sacerdocio á que estaba elevado, se veia siempre amenazado de todos los suplicios y tormentos que pudiese inventar la astuta sabiduría de los magistrados, ¿á quién podrá servir de ejemplo para disfrutar una vida feliz y tranquila? No hay cosa que se mire con mas horror que la muerte: ella es, dice Aristóteles, el mas terrible de todos los males: ella es tenuta por nuestra mayor enemiga, y causa de nuestra mayor pesadumbre. Sola su idea nos turba siempre, y aun en medio de los mayores placeres nos cubre de negros temores, sin permitirnos el goce de placer alguno que sea puro y líquido. El proponer, pues, por ejemplo y modelo de felicidad una vida rodeada de mil peligros, expuesta siempre á horribísimos tormentos y á una muerte la mas formidable; ¿quién no ve que es hacer una idea, no de la felicidad verdadera, sino de una prosperidad del todo imaginaria? ¿Cómo es posible que logre una paz interior un pecho rodeado de tantos horrores? Así discurre la filosofía del mundo, porque no alcanza á ver que el Señor, cuya diestra mantuvo á Daniel ileso é imperturbable en el lago de los leones, sabe

<sup>1</sup> Apoc. ii, 17.



mantener, aun en medio de los mayores peligros, la paz interior en el corazon de sus siervos. Sabe Dios renovar, dice san Cipriano, lo que hicieron aquellos tres mozos, Ananías, Azarías y Misael en el horno de Babilonia, á los cuales tuvo reverencia el fuego, y dieron refrigerio las llamas. Á la verdad, hermanos míos, se halló nuestro Santo rodeado siempre de horribles peligros en la mayor de las persecuciones que ha tenido la Iglesia. Pero, cuando os propongo su vida y martirio como ejemplo y modelo de verdadera felicidad, estoy tan léjos de ocultaros esta circunstancia, que antes bien quiero presentarla primero á vuestra vista, á fin de que comprendais que los rigores de la cruz hacen al hombre feliz; que las punzas de la mortificacion, al paso que penetran la carne, llevan consigo el remedio, y que el hombre justo, semejante á aquella zarza misteriosa, al mismo tiempo que solo ofrece á la vista cambrones y espinas, tiene interiormente oculta la gloria del Señor, y con él lo posee todo.

5. Representaos, pues, conmigo, hermanos míos, el furioso ataque que de improviso dió á la Iglesia Diocleciano el año diez y nueve de su imperio. Figuraos á los fieles de Jesucristo puestos en la mayor consternacion por el nuevo edicto con que aquel inhumano Emperador mandó que se tomasen todas las medidas y se hiciesen todos los esfuerzos para anonadar el Cristianismo. Figuraos, en consecuencia de ello, á nuestra Religion como sitiada y embesitada de un millon de enemigos. Aquí se avivan grandes incendios, allí se levantan cadalsos, por todas partes se prepara hierro y fuego para acabar con ella, y como que se relamen los tiranos con la sangre de las víctimas inocentes. ¿Quién á tan triste espectáculo no creerá que voy á proponeros á nuestro santo Presbítero desmayado y desfallecido en vista de tan insuperable fiereza? En efecto, sería esto de creer si yo hablara de uno de aquellos cristianos á medias, que viviendo una vida medio santa, medio mundana, medio cristiana, medio profana, quieren seguir el espíritu de Dios, dejándose llevar al mismo tiempo del espíritu del mundo. Pero os hablo de uno, en cuyo corazon el santo amor de Dios habia establecido su imperio: os hablo de un héroe, que por haberse gloriado únicamente en la cruz de Jesucristo, podia decir con verdad, valiéndose de las expresiones del apóstol san Pablo: Todo lo puedo en aquel que me conforta: *Omnia possum in eo qui me confortat*<sup>1</sup>. De aquí nacia aquella maravillosa magnanimidad que le hacia insensi-

<sup>1</sup> Philip. iv, 13.

ble á las imperiales amenazas: ¿con qué vigor iria animando á los cristianos infundiéndoles espíritu para el martirio? En el religioso celo de este nuevo Eleázaro se veria traslucida la serenidad de ánimo con que esperaba dar la vida por el que la dió por todos los hombres. Les pareceria á aquellos cristianos, que entre la esperanza y los terrores estaban mirando á un Matatías exhortando al pueblo de Israel á que, resistiéndose al impío mandato del rey Antíoco, abominase el culto de los ídolos, y guardase sin la menor transgresion la ley del Dios de sus mayores; ¿qué genero de magnanimidad puede haber, hermanos míos, que parezca mas inasequible que esta á aquellos espíritus duros, que no hallan otro medio para desterrar de su pecho el temor de la muerte, que el mirarlo como una entrada á la eterna insensibilidad epicúrea? ¿Cuán opuesta á sus fatuos dogmas hubieran hallado los filósofos estóicos la animosidad de nuestro Santo? Á ellos para ser un hombre feliz les parecia necesario el hacerse del todo insensible, tanto á las miserias ajenas como á los propios males, sin afectos de alegría, tristeza, compasion, deseo ni esperanza: tenian por sábio y dichoso á aquel que no esperase ni desease la bienaventuranza eterna, y que mirando con indiferencia los favores así divinos como humanos, no temiese ni se mostrase agradecido á Dios ni á los hombres<sup>1</sup>. ¡Bellos dogmas para formar á un hombre, no digo fatuo, sino enteramente de mármol! Muy diferentes fueron las máximas que animaron á nuestro Santo á oponerse valerosamente á los impíos decretos de Diocleciano. Tenia indeleblemente grabada en su corazon la saludable verdad que nos enseña el divino Maestro en nuestro Evangelio, cuando nos dice que quien perdiere la vida por él, hallará la vida: *Qui perdidit animam suam propter me, inveniet eam*. Sé á quién he creído, decia con el Apóstol<sup>2</sup>, sé ciertamente, decia, que el perder la vida corporal y mortal por la constancia en la fe, y por la observancia de la ley y doctrina evangélica, es medio segurísimo para alcanzar la vida y bienaventuranza eterna.

6. Tenia altamente impreso en su mente el importante aviso que nos da Jesucristo por san Mateo: No temais, dice el Salvador, no temais á los que solo pueden quitaros la vida del cuerpo; pero temed al que puede perder vuestro cuerpo y alma en el infierno. Esta sí que es moral sublime y heroica: esta sí que puede hacer

<sup>1</sup> De estas paradojas estóicas hace burla Ciceron en la oracion hecha en favor de Lucio Murena, y las impugna san Agustin, *de Civitate Dei* lib. IX, c. 15. — <sup>2</sup> II Tim. I, 12.



verdaderos sábios y felices, y lo que es mas, eternamente felices. Y sin el espíritu de estas máximas evangélicas ¿cómo hubiera nuestro Santo tenido el valor, no solo de tolerar tan crueles tormentos, sino de salirles animosamente al encuentro?

7. ¡Qué espectáculo de religiosidad la mas heroica no fue el ver la maravillosa destreza con que en el templo de Serapis dejó burlada la sacrilega pretension del tirano, por mas que este echase llamas por la boca de puro embravecimiento! ¡Oh cuán admirable sabe hacerse Dios en sus Santos! Mandan á Félix que ofrezca sacrificio á Serapis, y al punto escupiéndolo al ídolo quebranta la estatua de bronce, y cae esta hecha pedazos al suelo. Llévanle al templo de Mercurio, esperanzados de que vengaria este la afrentosa quiebra de Serapis, y hecha por Félix la misma diligencia, cae á sus piés aterrado y abatido el otro simulacro. Llévanle, finalmente, al templo de Diana, y derriba su estatua con igual facilidad y destreza que las dos primeras. No pudo el bronce de Serapis, Mercurio y Diana competir con la firmeza de aquella piedra viva del templo de Dios, que así llama á los justos el apóstol san Pedro: *Et ipsi tanquam lapides vivi* <sup>1</sup>. Aquí se vió renovada la excelente maravilla con que desplomándose las murallas de Jericó cayeron aterradas y rendidas á la presencia del arca <sup>2</sup>. Aquí se vió renovada con admirables ventajas la religiosa indignacion de Moisés en quebrantar al becerro de oro, en cuya figura adoraban al mismo Serapis los israelitas, émulos de la supersticion de los egipcios <sup>3</sup>. Para despedazar aquellas estatuas no tuvo Félix necesidad de echarlas primero al fuego, como lo hizo Moisés para destrozarse al becerro de oro; bendijo Dios su santa saliva para romper á los tres simulacros, así como bendijo las piedras del pastorcillo David para quebrantar la frente del incircunciso filisteo. ¡Qué dicha fuera la nuestra si á imitacion del cristiano espíritu de nuestro ínclito Mártir entrásemos animosos en el empeño de quebrantar á todos los ídolos! ¿Qué prosperidad no os podéis prometer, amados villafranqueses, si así como el descubrimiento de los sepulcros de Isaias, Ezequiel, Jeremías, Eliseo y Abdías vino á ser para el pueblo de Israel un perpétuo exterminio del culto de los ídolos, lo fuese tambien para este cristiano pueblo la manifestacion de la reliquia santa de Félix y su traslacion gloriosa á este templo? No juzgueis que hable yo de estos ídolos materiales. Ya me hago cargo que la piedra angular cortada y desprendida del monte ha quebrantado la estatua cuádrimaterial vista en sueños por

<sup>1</sup> I Petr. II, 5. — <sup>2</sup> Josue, VI, 20. — <sup>3</sup> Exod. XXXII, 20.

Nabucodonosor. Ya el Unigénito de Dios nacido de una Madre Virgen, llamada por Isaias monte preparado en la cumbre de los montes <sup>1</sup>, ha sido el exterminio de la necia supersticion del gentilismo. En nuestro corazon están los ídolos de que quiero hablar. Cuando amamos algo desordenadamente en la criatura, como le tributamos en nuestro amor un rendimiento de Dios, le damos tambien el lugar de Dios, porque le rendimos el homenaje, que es el mismo amor: y como solo el amor profano erige en nuestros corazones todos los ídolos, solo el amor santo es el que los ha de quebrantar; solo el amor santo es el que forma á Dios sus altares, y le hace reconocer en su majestad. Este amor fue el que elevó á nuestro Mártir á la santidad tan agigantada: este fue el espíritu que residiendo incessantemente en su corazon le hizo poderoso para obrar tan singulares maravillas. Porque, hermanos míos, hiciérais agravio grande á la sublime accion de vuestro santo Protector, que os acabo de referir, si no estuviérais creidos que habian precedido á ella muchos gloriosos esmeros del fuego de caridad que ardia en su pecho. ¿Os parece que á tan alta empresa no ascendió nuestro Santo de grado en grado por otras de valor muy heroico? Ninguno se hace de repente sumo, dice san Gregorio, sino que antes cualquiera héroe empieza por lo mínimo, y despues con repetidas obras grandes va abriendo paso á las mayores. Bástenos, pues, el ver renovada en Félix la accion excelsa con que Moisés en la falda del monte Sínai destrozó el simulacro de Serapis, para que miremos tambien renovadas en él las demás heroicas virtudes de aquel esclarecido jefe del pueblo hebreo. Si bien lo consideramos, hermanos míos, veremos claramente que sobre aquella excelsa accion de Moisés se remonta incomparablemente la de nuestro Santo, por haberla ejecutado en una ocasion en que habia de ser el mayor incentivo del ciego furor de un emperador bajo cuya dominacion se hallaba. ¡Oh heroicidad digna de eterno elegio! No se exponia con ella Félix á una muerte, sino á mil muertes continuadas, digámoslo así, por muy largo tiempo. Porque sabia muy bien que el designio de aquellos inhumanos ministros no era tanto de matar á los cristianos como quebrantar su fe á fuerza de tormentos. Sin embargo, penetrado de los rayos de la divina gracia, decia con el Profeta rey: El Señor es mi iluminacion y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es el protector de mi vida, ¿quién me hará temblar? Si se levanta contra mí algun combate, este será el áncora de mi esperanza. Me parece, herma-

<sup>1</sup> Isai. II.